

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año II.

Lunes 1.º de Setiembre de 1862.

Núm. 41.

EL AMOR FRATERNAL.

Si quisiéramos definir el amor fraternal, diríamos que es una amistad natural; luego si conocemos los caracteres de la amistad, poseeremos los principios del amor fraternal. No será extraño á nuestro asunto el que tratemos de la amistad en general; porque la amistad es un elemento importantísimo en la familia y desempeña un gran papel en la educacion.

La amistad es un sentimiento tranquilo, relativamente á los demás sentimientos, pues no hay ninguno que absolutamente lo sea: todos ellos son movimientos, y dan al alma cierta agitacion; por consiguiente, la amistad tiene sus inquietudes, sus disgustos, sus decepciones, sus heridas, sus vicisitudes, sus oscilaciones; pero por sí misma, y aparte de los accidentes que la pueden turbar, la amistad dá paz y consiste en una mision que en cierto modo es insensible. En la verdadera amistad, los amigos apenas necesitan darse pruebas de que piensan el uno en el otro: solo al principio de la amistad y en sus alteraciones, es cuando semejante necesidad se hace necesaria. La amistad es un sentimiento mas tranquilo que el amor paternal ó maternal; porque este, aun siendo feliz, es siempre un sentimiento inquieto: ¡tanta responsabilidad lleva consigo! Es tambien mas tranquilo que el amor propiamente dicho, porque en el sentimiento de la amistad tiene menos parte la imaginacion y ninguna los sentidos. Así,

la paz, elemento de felicidad, es uno de los caracteres de la amistad.

Este sentimiento es preciso: queremos decir que tiene un objeto determinado. Amamos á una persona en particular, tal como es, con sus buenas cualidades y sus defectos, y á veces por sus defectos. No tienen este carácter todos nuestros sentimientos: los hay muy grandes, muy puros, muy verdaderos, que no se dirigen á ningun objeto preciso y caracterizado, sino á un objeto vago y abstracto, que no es del dominio de la imaginacion y de los sentidos, ni aun de la pura razon. Por ejemplo, el sentimiento de lo bello tiene, sin duda, un objeto real, pero nada determinado presenta á la inteligencia, en tanto que no se realiza en un objeto particular. Luego que un objeto en que reside lo bello se presenta, la inteligencia lo reconoce y la imaginacion se fija en él inmediatamente; pero este hecho es pasajero: el sentimiento de lo bello es mas vasto, se aplica á todo lo posible, y á menos que no se confunda con el sentimiento religioso, permanece en la region de los sentimientos indeterminados. El amor á la pátria es tambien un sentimiento de la misma naturaleza; ¿á qué se dirige? A un territorio que jamás hemos visto, que nuestra imaginacion no puede abrazar con una mirada, y que está comprendido entre límites arbitrarios; ¿á qué se dirige tambien? A una lengua diversificada en gran número de dialectos, y que se caracteriza segun los pueblos por el acento; ¿á qué mas? A un nombre. Amamos vagamente, sin darnos cuenta de ello, á los que llevan este

nombre, habitan este suelo y hablan esta lengua; su historia nos interesa mas que todas las historias, su porvenir se confunde con nuestro propio porvenir, compartimos sus esperanzas y tristezas, aun cuando no nos toquen directamente: por eso sufrimos con un ejército expuesto en país enemigo á ser cruelmente diezmado por la fatiga, las enfermedades y el fuego; y sin embargo, quizá no tenemos en él parientes ni amigos. He aquí un sentimiento sin objeto preciso, un sentimiento indeterminado. Otro hay mas vasto aun: el que une el hombre al hombre sin distincion de países ni de tiempos; es mas vago que el precedente, y no por eso es menos real: duerme en la tranquilidad de la vida habitual; pero si una catástrofe repentina hiere en cualquier punto de la superficie del globo á una parte de la raza humana, sentimos en el corazon una congoja que patentiza el lazo que nos une á las víctimas. Esto es tan verdadero, que sufrimos tambien con aquellos cuya ruina nos obliga el patriotismo á desear. Y no se crea que estos dos sentimientos, puestos en oposicion, se ahoguen el uno al otro. Nó, porque los mismos hombres que se matan sin piedad, en las crueles necesidades del combate, se dan la mano en los intervalos, y, despues de la lucha, se devuelven sus muertos y se restañan recíprocamente sus heridas. Todos estos sentimientos, que tienen en el alma un punto de apoyo seguro y necesario, no se refieren á ninguna persona en particular, sino á un conjunto de seres en general. La amistad, por el contrario, tiene siempre un objeto particular, y lo distingue entre todos los demás.

El último carácter que vamos á demostrar en el análisis de la amistad, y que ha sido explicado por uno de los mas eminentes moralistas de la antigüedad, Aristóteles, es la igualdad. Quien dice amigos, dice iguales: cualesquiera que sean las desigualdades exteriores, la amistad supone entre dos personas los mismos derechos y deberes. El que exige mas que dá, es un amo, y

el que dá mas que recibe, es un servidor. La esencia de la amistad está en que cada uno dé sin exigir; pero esto no será una verdad sino bajo la condicion de que el uno y el otro sigan la misma máxima, y que en esto mismo haya igualdad. Esta igualdad absoluta, que es lo esencial de la amistad, no se encuentra en otros sentimientos: en el amor paternal ó filial, el sentimiento se apoya en la desigualdad: el amor del padre, en la superioridad; el del hijo, en la dependencia. Si se dice algunas veces que el padre es el mejor amigo del hijo, con esta enérgica expresion se indica que el padre ama al hijo hasta tal punto, que olvida su superioridad para unirse mas á él y tratarlo como amigo: la amistad en el padre no es mas que condescendencia y generosidad. Cuando se dice que el padre debe encontrar mas tarde en su hijo un amigo, esta es tambien una enérgica expresion con la cual se significa que el hijo emancipado que goza á su vez de las ventajas de la edad, mientras que el padre desciende poco á poco á un estado de debilidad semejante al de la infancia, debe darle en amor respetuoso lo que ya no le puede pagar en obediencia. Tampoco hay igualdad en el sentimiento religioso, porque hay una distancia infinita entre el sugeto y el objeto de este sentimiento; y si se dice que la Divinidad es amiga del hombre, es para hacer mas enérgicamente sensible al hombre lo amado y favorecido que está por el Altísimo.

Todos estos caracteres convienen al amor fraternal, con esta diferencia: que la amistad ordinaria nace de la eleccion, y que entre hermanos viene de la naturaleza. Parece que la naturaleza, previendo las equivocaciones que estamos expuestos á encontrar en nuestras amistades, ha querido asegurarnos una amistad cuya inclinacion esté determinada por el instinto, la sangre y el hábito, y que no la puedan romper la inconstancia, el cansancio y el azar.

Pero de esta diferencia general nacen algunas diferencias particulares: el amor frater-

nal es un sentimiento mas tranquilo, mas preciso y mas favorable á la igualdad que la amistad ordinaria.

Las relaciones de los hermanos entre sí, son naturales, y por lo mismo determinadas: un hermano es siempre hermano, pero las relaciones entre amigos son indeterminadas, porque hay mil grados en las relaciones humanas, y no es posible fijar precisamente en cuál comienza la amistad. Por consiguiente, el amor fraternal tiene un punto de apoyo fijo; la amistad solo se apoya en sí misma y en lo casual de las inclinaciones. El amor fraternal sabe siempre dónde está; la amistad jamás lo sabe, hasta que alguna circunstancia particular y alguna accion precisa vienen á dar una sancion al lazo que une á los amigos. Así, pues, la amistad, no teniendo la precision que procede de la naturaleza, ni la que nace de un contrato solemne, entregada y abandonada á la apreciacion del individuo, está siempre mas ó menos fluctuante entre el simple conocimiento y la perfecta intimidad.

El carácter de precision que el amor fraternal tiene con mas extension que la amistad propiamente dicha, le dá mas solidez y tranquilidad. Como no es posible fijar el grado preciso de la amistad, nunca se puede asegurar hasta qué punto se puede contar con ella, quedando siempre una especie de duda, y por consiguiente, cierta inquietud: el amor fraternal, por el contrario, sabe que tiene derecho á contar con la reciprocidad. Sin duda que puede haber malos hermanos que no valgan lo que buenos amigos; pero, en principio, el amor fraternal, como se apoya en la naturaleza, es mas tranquilo, dá menos inquietud que la amistad.

Haciendo abstraccion de la diferencia de edades, encontraremos que en la amistad fraternal hay mas igualdad que en la amistad ordinaria, porque los hermanos nacen en igualdad de condicion; pero las amistades anudadas desde la infancia se forman fuera de esta igualdad en muchos casos; lo cual es sin duda un gran bien, porque si bien es cierto

que el órden social se apoya en la diferencia de las condiciones, bueno es que estas diferencias secundarias y artificiales estén á lo menos algun tiempo compensadas por un sentimiento que restablece la fraternidad natural. La desigualdad de las condiciones sociales acaba siempre por debilitar la amistad ó hacerla mas difícil; pero esta dificultad no existe entre hermanos, que, nacidos en una misma familia, expuestos á las mismas privaciones, ó en el goce de iguales ventajas, nada encuentran que ponga obstáculos al sentimiento natural que los atrae el uno hácia el otro. Verdad es que las vicisitudes de la vida destruyen en muchos casos esta igualdad primitiva; pero el pliegue está tomado, los hábitos se han contraído: el sentimiento podrá entibiarse á consecuencia de las separaciones y por la diferencia de los intereses; pero apoyado en los recuerdos, en los primeros hábitos y en la fuerza de la sangre, vuelve á encontrarse cuando es necesario en ocasiones urgentes.

El amor fraternal es, pues, la mas fuerte de las amistades; y si conservamos toda la vida un afecto fiel á los que en la infancia compartieron nuestros juegos, placeres y estudios, ¿qué amistad no deberemos profesar á aquellos que, antes de nacer, habitaron las mismas entrañas que nosotros y fueron alimentados con la misma sangre?

J. T. L.

ALTERNATIVA DE EJERCICIO Y REPOSO.

LEY GENERAL DE LA NATURALEZA.

Si para la ciencia son hoy un misterio las causas determinantes de las relaciones que guardan entre sí las funciones de nuestros órganos, ¿con cuánta mas razon no serán ignoradas las que establecen esa comunicacion íntima que, uniendo el órden físico al intelectual y al moral en el hombre, hacen de él un sér activo y complejo, en cuyo modo de exis-

tir se revela constantemente la unidad de su accion y la de su naturaleza, sujetas á leyes indeclinables, por mas que nos sean solo conocidos algunos de sus efectos? Sin embargo, posible y muy hacedero es determinar las principales relaciones entre las tres condiciones del individuo; conocer por ellas la accion de sus facultades, y deducir de aquí que, á la manera que en la naturaleza física del hombre la ley de armonía, que consiste en la alternativa de ejercicio y reposo de los órganos, contribuye poderosamente al desarrollo de todas las partes del cuerpo, del mismo modo esta alternativa, aplicada á las relaciones entre las facultades físicas, intelectuales y morales, lo hace muy directamente al completo desarrollo del sér.

El ejercicio de las facultades intelectuales en la primera edad, vá siempre unido al de los sentidos; y por los síntomas que estos permiten observar, se conoce cuándo aquellos nacentes poderes de la inteligencia necesitan del reposo para conjurar la peligrosa fatiga que los amenaza, ó las notables perturbaciones que pueden sobrevenir. La debilidad que se apodera de las facultades intelectuales por un ejercicio excesivo, se revela perfectamente en los síntomas exteriores de la pereza ó la inaccion de los sentidos, cuando el ejercicio se ha llevado mas allá de lo que permiten las fuerzas de la inteligencia. Pero á este caso extremo no debe llegarse jamás, si la madre tiene la prevision necesaria y no pasan á su vista desapercibidos los primeros signos del cansancio.

Mas á pesar de la claridad con que se presentan siempre las señales consiguientes á semejante estado, puede fácilmente caerse en el error de atribuir á la fatiga de la inteligencia lo que procede de una mala disposicion moral. En este caso, la educacion que acuda con un remedio equivocado, compromete el éxito de sus trabajos, causando un mal irremediable al individuo que se trata de corregir. ¡Cuántas inteligencias se anulan en sus primeros albores por no detenerse á estudiar

las causas de fenómenos tan frecuentes en los trabajos forzados á que con imprudencia se las somete! Se resisten á una ocupacion que les es poco grata, y sin haber fatigado con ella sus instrumentos ni sus poderes, revelan al exterior la inaccion en que las constituye el poder moral, se toma este estado por cansancio, y con los medios directos ó indirectos que se ponen en juego para moverla ó estimularla, se conduce violentamente á una sobreescitacion peligrosa, que acaba por matar sus mejores gérmenes. Importa, pues, prevenir este error tan posible, reconociendo y apreciando con seguridad los indicios de la laxitud en que caen las facultades intelectuales por un exceso de ejercicio, ó la inaccion á que las condena el tédio de una ocupacion ingrata, ó una causa moral que las amortigua en todo ó en parte, para aplicar con certeza los medios mas eficaces de avivar ó reponer las que se encuentren subyugadas bajo tan fatal influencia.

Poco, muy poco mas podemos añadir á lo expuesto sobre tan importante y difícil materia, que pueda ser comprendido sin esfuerzo por la madre de familia. Solo advertiremos que la observacion práctica, mas que el estudio especulativo, pueden ofrecer medios eficaces de remover las dificultades que se ofrecen naturalmente en la educacion para ser en este punto prudente y acertada.

Los indicios de la fatiga intelectual, medio único por el que la madre llega al convencimiento de la necesidad de atraer las facultades para que se desenvuelvan bajo la influencia de la ley de armonía por que su ejercicio y reposo conducen á su acrecentamiento, no son los mismos en todos los casos y sobre todos los objetos; pero á sus distintas apariencias suple sobradamente el estudio que debe hacerse en el desarrollo orgánico de los poderes activos de que el alma aparece dotada. Para sacar el mejor partido posible de este principio, ó lo que es lo mismo, para venir en conocimiento de cuándo son aplicables los medios de que la educacion dispone para

encarrilar la actividad del individuo á resistir á la falta de armonía en el movimiento de las facultades, téngase presente que las mas expuestas á la fatiga ó cansancio por un ejercicio excesivo, son: la atencion, la reflexion, el juicio y la facultad de abstraer.

Si fatigada la atencion se desea restablecerla á su estado normal, haciéndola recobrar su apagada energía, variénsela los objetos de modo que tenga que obrar con distintos instrumentos ó sentidos que aquellos con que ha funcionado, y fácilmente repondrá sus abatidas fuerzas con el descanso que alcance en los instrumentos con que habia obrado. La reflexion y facultad de abstraer son extraordinariamente débiles en la primera edad; y así como en ellas sobreviene prontamente la fatiga, del mismo modo se las reduce fácilmente á un reposo mas ó menos absoluto y frecuente. No sucede otro tanto con la facultad denominada juicio, que puede ejercitarse mucho tiempo sin fatiga cuando es grande la variedad de objetos en que se ocupa, en razon á que es constante é insensible el paso de una en otra relacion, y natural el encadenamiento de las ideas sobre que se forma.

Aparte de lo que enseñen las observaciones particulares sobre el ejercicio de cada facultad en individuos determinados, importa mucho tener presente que conviene procurar la educacion de todos aquellos que se apoyan en las fuerzas ya adquiridas. La experiencia nos los enseña, así como el medio preventivo mas eficaz, que tiene su asiento en el hábito adquirido; porque el trabajo de la inteligencia es en esto enteramente igual al del cuerpo, que tan conocidamente se fortifica y crece con el ejercicio de los poderes que habitualmente concurren al trabajo diario. Así, pues, debe tenerse en consideracion este fenómeno natural, para acudir á la necesidad que hay en el niño de proporcionar la duracion de sus ejercicios en relacion al grado de fuerza que ha llegado á adquirir la costumbre contraida por él en el género de actividad que se le ha exigido.

El orden moral del hombre está sometido á la misma ley general que preside en el resto de su naturaleza al ejercicio y desarrollo de sus facultades. Este es, por lo general, en las morales, un acto espontáneo de la voluntad, á la cual sirven de móvil los sentimientos, que no revelan mas ni menos energía que la proporcionada al grado de sensibilidad que nos anima. Por esta razon puede decirse que jamás amenaza la fatiga á las facultades del corazon en el ejercicio natural que deben desempeñar; porque no es posible traspasar en él los límites de su energía. Sin embargo, deber nuestro es examinar detenidamente este asunto, y con su exámen terminaremos por ahora lo que hemos creido necesario exponer relativamente á semejante materia, apartada cuanto es posible de una aplicacion concreta.

L. R. y P.

LAS ESTRELLAS.

El estudio del mundo físico es de una importancia inmensa en la educacion moderna, y lo es aun mas para la muger, sin embargo de que á su destino no cumpla el conocimiento exacto y detenido de las principales leyes que presiden á sus fenómenos y movimientos. A pesar de esto, ella vá á ser el primer agente de la educacion, en la cual se han de esparcir sobre la inteligencia naciente los gérmenes de un desarrollo, en el cual se elaboren y preparen los frutos del talento y la instruccion, y preciso es que las nociones mas vulgares que envuelvan, lleven el sello de la verdadera ciencia. Bajo este concepto, la muger debe reunir una instruccion general y exacta de la ciencia madre de la naturaleza, de sus principales ramos, y saber explicar, lo mismo los caracteres diferenciales de un sér determinado de los que están en su inmediato contacto, que abarcar el globo terrestre, y aun extenderse á consideraciones generales sobre el universo, que le hagan formar idea exacta de su conjunto, y las relaciones entre las partes que lo constituyen.

En vista de esto, vamos á ocupar la atencion de nuestras lectoras con una ligera idea del universo, el mundo planetario, la tierra y sus satélites, fijando al

mismo tiempo sus mas principales relaciones, á fin de generalizar entre las mugeres ideas que han de contribuir muy directamente á desvanecer errores de alta trascendencia en la limitada, pero fundamental instruccion que han de comunicar á sus hijos.

Empecemos, pues, por fijar su consideracion en las estrellas.

Si conducimos á nuestra lectora á un punto de observacion en una noche serena, y fija su vista en la bóveda celeste, no habrá para ella espectáculo mas bello, imponente y grandioso, que el que la ofrece el inmenso número de estrellas diseminadas en el espacio, apareciendo tanto mas brillantes, cuanto mas oscura sea la noche, ó mas oculta se halle la luna bajo nuestro horizonte. Podrá suceder que bajo la impresion de las apariencias, y participando del error de todos los tiempos, todos los pueblos y todos los hombres, se imagine en su fantasía que este magnífico espectáculo ha sido preparado para ella sola. Pero muy pronto se desvanecerá semejante error, á no ser que contribuyan á sostenerlo preocupaciones arraigadas ó juicios anteriores, producto de malos estudios.

A la primera observacion, advertirá que las estrellas difieren entre sí por su tamaño y brillantez; que ningun orden regular parece haber presidido á su distribucion en los espacios celestes, pero que en su colocacion presentan á veces el orden mas sorprendente. Si semejante observacion se repite cuidadosamente durante muchas noches seguidas, le parecerá ver, en situaciones constantes unas estrellas con relacion á las otras, y que conservan siempre el mismo orden y arreglo, al menos en la apariencia. Pero reproducidas las observaciones, descubrirá que no todas las estrellas están fijas, es decir, inmutables en sus situaciones respectivas, al paso que descubrirá algunas que cambian de lugar, y, despues de haber recorrido cierto espacio del cielo, vuelven, guardando un constante período, á ocupar los mismos puntos: estos cuerpos brillantes son las estrellas que se llaman planetas. Si la luna llega á presentarse sobre el horizonte, mayor será la sorpresa cuando observe las diferentes fases ó aspectos que á su vista ofrece, excitando vivamente su curiosidad hasta conocer su causa ó sus leyes.

Sin necesidad de gran perspicacia ni ilustracion, sin libros ni instrumentos de astronomía, tambien advertirá en el cielo una inmensa zona, blanquecina y de forma irregular, que se llama *via lactea*, la

cual circuye el cielo, ocupando un gran espacio. Pero si á todo esto la suerte la deparase un telescopio, descubrirá sin gran esfuerzo en esta via un número infinito de pequeñas estrellas, agrupadas aparentemente las unas á las otras, sobre las cuales muy poco han podido descubrir los mas notables astrónomos.

Paseando despues la mirada con el telescopio por las diferentes regiones del cielo, descubrirá por último acá y allá esparcidas diferentes manchas blancas aparentemente, iguales á las de la *via lactea*, y que muchas de ellas resultan aun de la reunion de un número considerable de estrellas pequeñísimas; y por último, otras que no ofrecen ni al telescopio mismo otro aspecto que el de una luz continua que aparece como una mancha blanca sobre el azulado fondo de los espacios celestes, destacándose como una simple nubecilla. A estas estrellas se las ha dado siempre el nombre de nebulosas, cuyo misterioso papel en el gran sistema del mundo solo á Dios es conocido.

Uno de los fenómenos celestes que mas pueden sorprender y sorprenderán en efecto á nuestra observadora, es la aparicion de un *cometa*. Frecuente es en verdad que entre los diferentes grupos de estrellas nos sorprenda una que en la noche precedente no se hallase hácia aquel punto ni entre las que entonces la rodean. Pues á la noche siguiente ó siguientes la encontraremos, sí, en la misma region del espacio, pero mas grande y mas brillante, hasta que siguiéndola en su curso y apariencia, se nos presente en las noches sucesivas cambiando de aspecto, hasta que por grados desaparece totalmente. Acompaña ó rodea á estas estrellas, que hemos dicho llamarse cometas, una atmósfera ó vapor luminoso, trasparente, que forma en su derredor una especie de nebulosidad, que permite distinguir aquellas estrellas colocadas mas atrás en el espacio; y dentro de esta atmósfera se forma una cola ó cabellera que se extiende en forma de abanico, prolongándose tambien gradualmente, y concluye por ocupar un espacio inmenso. Detenemos aquí nuestras ligeras indicaciones astronómicas, sin hacer consideracion alguna científica sobre las causas de estos fenómenos, porque nos parece aun prematuro, hasta no reunirse por nuestra observadora mayor número de datos á que poderlas extender con claridad, fin primero que nos hemos propuesto al tratar una materia de suyo vasta y difícil para quien, como la muger, no puede re-

montarse á las grandes hipótesis que han servido y sirven de base para explicar tan sorprendentes maravillas.

C. F. G.

DELFINA, Ó LA FELÍZ CURACION.

(Conclusion.)

Dos dias despues, Delfina recibió una grata contestacion de su madre, y en vez de una pension de cuarenta duros para la anciana, remitia doña Leonor un seguro de mil reales, sin olvidar el vestido nuevo para el dia de la boda.

Delfina, loca de alegría, llevó inmediatamente el regalo á la anciana, á quien este beneficio acabó de hacer dichosa. Su reconocimiento y el de Isabel, los elogios de la señora de Steinhausse y las tiernas caricias de Enriqueta proporcionaron á Delfina el goce de una satisfaccion de que hasta entonces solo habia tenido una idea ligera; porque para conocer la extension de un placer tan puro, es necesario experimentarlo.

Aquella tarde preguntó Delfina á la señora del doctor cuánto habria gastado doña Leonor para asegurar la pension de mil reales.

—Unos mil duros,—contestó aquella,—porque esta renta será vitalicia.

—¡Cómo! ¿se puede con mil duros asegurar la subsistencia de una persona que nada tiene?... ¡Mil duros!... eso es precisamente lo que costó mi aderezo de diamantes.

—Y bien, señorita, ¿ese aderezo le proporciona á usted mucho placer?

—¡Oh, no por cierto! Prefiero cien veces mas una rosa; y cuando pienso que con mil duros se puede sacar de la miseria para siempre á un infortunado sin recursos, no concibo que se cometa la locura de comprar diamantes.

Tres dias despues de esta conversacion, Isabel se casó con Simon. Efectuáronse las bodas en casa del doctor; se pusieron mesas en el vergel bajo grandes nogales plantados sin simetría sobre un hermoso césped esmaltado de sérpol, margaritas y violetas: unas treinta personas de las cercanías estuvieron á las mesas, y la señora del doctor hizo los honores á la de los novios. Despues de la comida, se bailó hasta la noche; y Delfina, participando de la comun alegría, dijo á la señora de Steinhausse:

—Nunca me han divertido los bailes de Madrid; pero, ¡qué fastidiosos me parecerian ahora!

—Los verdaderos placeres son los del campo,—contestó la señora,—y cuando se han disfrutado estos, los de la corte parecen insípidos y fatigosos.

En el mes de julio encontró Delfina el campo mas hermoso todavia; daba largos paseos, muchas veces de noche, á la claridad de la luna, con la señora de Steinhausse y Enriqueta. Además, como se habia hecho aficionada á las ocupaciones, no experimentaba un momento de fastidio; leia ó escribia, y Enriqueta la enseñaba á dibujar flores, á disecar plantas, cuyos nombres y propiedades aprendia; empleaba en obras de caridad el dinero que doña Leonor le enviaba todos los meses para sus gastos menores: amada de todos y satisfecha de sí misma, se encontraba cada dia mas feliz; no se notaba ya en su rostro aquella languidez y aquel aire de abatimiento que lo habian alterado durante tanto tiempo: sus ojos estaban animados y brillantes, y tenia toda la frescura de la juventud. Sabiendo igualmente bien andar, correr y saltar, habia adquirido en cuatro meses mas gracia y ligereza que hubieran podido darle en Madrid los maestros de baile.

A principios de agosto, el doctor le dijo que podia dejar el establo, y muy luego la condujeron á un lindo gabinete preparado expresamente para ella. Delfina sintió vivísima alegría al verse colocada en una habitacion cómoda y agradable, cuya ventana, que daba al valle, tenia una vista deliciosa, y la limpieza del pavimento y de los muebles la encantaban.

—Explíqueme usted, señora mia, por qué esta pequeña habitacion me parece tan buena, y por qué me disgustaba tanto la que yo tenia en Madrid, sin embargo de que era mucho mayor y mas hermosa que esta.

—En primer lugar, su habitacion de usted en Madrid daba á un jardinillo muy triste, rodeado de altas paredes; y aparte de esto, cuando usted vino aquí solo conocia falsos placeres, es decir, los que pueden proporcionar la vanidad y el lujo; como estos placeres son imaginarios, cansan fácilmente, y por lo tanto estaba usted ya disgustada: no teniendo idea de los verdaderos, se moria usted de fastidio: tal era su situacion de usted. Vivía usted en demasiada abundancia y no podia apreciar los goces y comodidades que una modesta posicion derrama sobre la vida: no gozaba usted de nada, porque nada le dejaban que desear. Las cosas mas agradables se hacen insípidas y hasta enojosas, si no se sabe usarlas sóbriamente; por ejemplo: usted es aficionada á las flores, y he visto que con gran placer busca violetas: ¿por qué tanta aficion á esa flor, aficion que es comun á todas las jóvenes? Es que la violeta está oculta debajo de las hojas, que abunda menos que el tomillo y que es necesario buscarla; si se encontrase en los campos con extrema profusion, no gustaria tanto, ni se haria mas caso de ella que del césped. Las producciones del arte están sin duda por debajo de las de la naturaleza, y por consiguiente es mas fácil cansarse de ellas; sin embargo, tienen sus atractivos, proporcionan placeres, pero solo á las personas moderadas.

Si llena usted su habitacion y su casa de porcelanas, pronto se verá usted disgustada de ellas; si vá todos los dias á un espectáculo, no encontrará en él mas que fastidio; si está usted largo tiempo en la mesa, y abusa de los manjares, pronto comerá sin apetito, y por consiguiente, sin placer. Lo mismo sucede con todas las cosas de que se abusa: desde que se quiere satisfacer plenamente todo el gusto, este se extingue; así, pues, no olvide usted que el exceso de las superfluidades, lejos de contribuir á la felicidad, la destruye totalmente. Reflexione usted tambien que el lujo solo deslumbra á los necios y no produce ningun goce verdadero: nada mas incómodo que el fasto. Ciertas modas y adornos imponen mil sujeciones. Si ayer hubiese usted llevado un delantal guarnecido de encaje, no habria podido coger tantas rosas silvestres en el matarral de espinos donde dejó usted la mitad de su vestido, y no hubiera usted regresado tan contenta y alegre de su paseo. La magnificencia no es menos molesta en los muebles: por mi parte, preferiria mil veces habitar siempre el establo en que usted ha estado, que las brillantes habitaciones en que se vé una obligada á andar y sentarse con precaucion. ¡Cuánto compadezco á los que así son esclavos de sus riquezas! La vanidad que los ciega podria, mejor entendida, enseñarles los verdaderos medios de obtener la consideracion que buscan: ¡cuántas buenas obras podrian hacer, en vez de ostentar tanto fasto!...

—Sin duda que así se harian estinar,—dijo Delfina:—no sé cómo es posible encontrar un gran placer sin hacer bien.

—Entregándose á todos los caprichos,—continuó la señora de Steinhausse,—y gastando todo su dinero en vanas superfluidades, se endurece el corazon, se acaba por corromperse.

—¡Ah!—exclamó Delfina,—cualquiera que llegue á ser mi fortuna un dia, jamás me corromperá; seré moderada, recordaré el fastidio que experimentaba en medio de una extremada abundancia; recordaré que me ha sido necesario pasar cuatro meses en un establo para poder llegar á comprender el valor de una parte de las cosas de que yo estaba cansada, y sobre todo que existen infortunados, y que el placer de socorrerlos es el mayor que se puede experimentar en la vida.

Esta conversacion acabó con las mas tiernas demostraciones de reconocimiento de Delfina á la señora del doctor: esta tenia, en efecto, justos derechos á la gratitud de Delfina, puesto que la habia enseñado á razonar, á pensar y á sentir. Delfina permaneció todavía dos meses en casa del doctor, y acabó de perfeccionar su carácter y de fortificar su salud. En fin, á principios de octubre tuvo la dicha de volver á ver á su madre. Doña Leonor la estrechó en sus brazos con pasion, y apenas podia reconocerla, porque estaba muy crecida y al mismo tiempo se habia puesto gruesa y tenia muy buen color. Doña Leo-

nor, extasiada, la miraba, la estrechaba contra su corazon, queria hablar y no podia expresar el exceso de su alegría sino con lágrimas. Testigo de su felicidad, la señora del doctor gozaba en silencio tan dulce espectáculo.

—Me la dió usted moribunda,—dijo en fin,—y se la devuelvo en todo el vigor de su salud, y, lo que es mucho mejor, se la devuelvo á usted buena, dulce, sensible, razonable, y en fin, capaz de hacerla á usted feliz. Sin embargo, es todavía tan jóven, está tan poco formada, que sin ciertas precauciones, se podria temer alguna recaída; para evitarlo, he aquí el régimen que debe seguir:

—Lo seguirá,—interrumpió doña Leonor, que tomando el papel que le presentaba la señora de Steinhausse, leyó en alta voz:

Prescripcion del doctor Steinhausse.

«La señorita Delfina pasará seis meses cada año en el campo; en Madrid irá pocas veces á los espectáculos, y hará mucho ejercicio á pié, aun en invierno; jamás comerá mas que pan para merendar, excepto en tiempo de frutas: no usará vestidos que no sean sencillos, cómodos y ligeros.

»Para preservarla del fastidio, se le darán libros instructivos y amenos, y no se consentirá que esté un momento ociosa: si por casualidad se deja llevar de la tristeza, será necesario recordarle la historia de la abuela de Isabel y el bien que hizo á esta anciana. Siguiendo este método y este régimen, la señorita Delfina conservará su salud, su alegría y la felicidad que goza.»

Doña Leonor dió toda su aprobacion á este plan, prometió seguirlo exactamente, y mostró á la señora del doctor el mas vivo reconocimiento. Un año despues, compró una quinta de recreo, próxima á la casa de aquella buena señora, á quien Delfina conservó toda su vida el afecto que le debia, y á Enriqueta la mas tierna amistad. Llegó á ser una persona muy apreciable, y adquirió instruccion y habilidades: buena, razonable y benéfica, la admiraban y querian cuantos la trataban, y su madre le eligió un marido digno de ella, que la hizo completamente feliz.

L. C. DE G.

ESCENAS DEL PARAISO.

II.

EL CASTIGO.

Como para Dios nada hay oculto, como vé todo lo que sucede, todo lo que hacemos y pensamos, habia sido testigo del pecado que Adán y Eva cometieron, contrariando la voluntad divina; pero el Señor, en su bondad infinita,

ta, quiso sin duda darles tiempo para que se arrepintiesen de su criminal desobediencia.

Apenas hubieron pecado, experimentaron la inquietud y tristeza que el hombre sufre cuando su corazón se llena de remordimientos, cuando la conciencia le acusa de haber incurrido en falta grave.

Perdida la gracia y la inocencia de que estaban revestidos, y que les servían como de velo á su desnudez, se sintieron llenos de vergüenza, y se cubrieron con hojas de higuera.

Los culpables oyeron la voz del Señor, y poseídos de miedo y turbación, se escondieron en la espesura de los árboles del Paraíso: ¡como si fuese posible ocultarse á los ojos de Dios, que está en todas partes y todo lo vé!

Llamó el Señor á Adán, diciéndole: *Adán, ¿dónde estás?* esto es, ¿dónde estás ahora? ¿qué estado infeliz es este en que te veo? ¿por qué huyes ahora de mi presencia? ¿por qué te escondes?

Así el Señor, como padre lleno de misericordia, llama al hombre para que vuelva en sí, reconozca su pecado, lo confiese, se arrepienta é implore perdón.

Adán, que aun no sabía mentir, lleno de temor y vergüenza, pero trastornada su razón y creyendo que los árboles lo ocultaban á la vista del Señor, respondió: *Oí tu voz en el Paraíso y tuve temor, porque estaba desnudo, y escondíme.*

Dios, para que Adán reconociese su pecado y lo confesase, le dijo: *¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol de que te mandé que no comieras?...* Que es como decir: ¿Cómo es que ahora te llenas de confusión, viéndote desnudo, y antes no te avergonzabas? ¿quién ha ocasionado este trastorno, sino tu desobediencia? Si hubieses guardado mi mandamiento, no te avergonzarías de verte como te ves en mi presencia.

Adán, en vez de confesarse culpable é implorar gracia y perdón, aprovechando la bondad y misericordia con que Dios le brindaba, solo pensó en disculparse, culpando á su compañera; y esta comprendió toda la gravedad de la falta que había cometido, y quiso también disculparse, diciendo que había sido engañada por la serpiente.

La mujer que me diste por compañera, me dió del árbol, y comí,—contestó Adán.

La serpiente me engañó, y comí,—dijo Eva.

Con estas groseras disculpas confesaron su desobediencia.

Si la serpiente fué culpable por haberlos tentado, también lo fueron ellos por haber sucumbido á la tentación que debieron resistir; porque ningún mérito hay en obrar bien cuando nada lo impide. Bien sabían con qué condición les había dado Dios la felicidad: no ignoraban que le debían ambos completa obediencia, y que solo así podían tributarle reconocimiento.

Dijo Dios á la serpiente: *Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás y tierra comerás todos los días de tu vida. Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza, y tú acecharás su calcañar.*

Después de maldecir á la serpiente, dijo Dios á Eva: *Multiplicaré tus dolores y tus preñeces: con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí.*

En cuanto á tí,—dijo el Señor á Adán,—*por cuanto oíste la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu labor; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste formado, porque polvo eres y al polvo volverás.*

Después de pronunciar tan terribles sentencias, hizo Dios, por ministerio de los ángeles, que ambos delincuentes vistiesen túnicas de pieles, para cubrir su desnudez, y para que tuviesen presente que habiéndolos criado semejantes á los ángeles, se habían hecho, por su pecado, semejantes á las bestias.

Por orden de Dios, un ángel los condujo hasta la puerta del Paraíso, mandándoles con imperiosa firmeza que salieran y no volviesen á entrar; y confusos, avergonzados, trémulos y llorosos salieron con paso inseguro agobiados y confundidos bajo el peso de los mas crueles remordimientos.

¡Cuán diferente era el estado en que se hallaban Adán y Eva, cuando el Señor los puso en posesión de todo lo que había criado para ellos! Los que pretendieron ser como Dios, y tener un conocimiento perfecto de todas las cosas, llegaron á conocer, por una experiencia funesta, los bienes que habían perdido y los males en que voluntariamente se precipitaron.

Luego que el Señor los arrojó del jardín de las delicias, puso en la entrada querubines, armados con espada de llamas: así quedó enteramente cerrado para Adán, Eva y sus descendientes, el camino del árbol de la vida.

El pecado produjo un cambio total, un trastorno infuisto en la naturaleza humana. El hombre, que de las manos del Criador salió bello y puro, inclinado al bien y amante de la virtud, y que fué constituido en un halagüeño estado de inocencia y felicidad, no es como debería ser, no es como Dios lo crió; ya no es inocente, ya no es feliz, sino que está corrompido y degradado; advirtió su falta, pero tarde; y sin embargo, trató de disculparse neciamente, como si Dios no penetrase en el interior de los corazones; pero la terrible justicia divina no tardó en pasar sobre entrambos, dándoles á conocer los funestos efectos que lleva consigo el desprecio de los mandamientos

de Dios. Morireis, les dijo, morireis, ingratos; pero antes, salid de esta deliciosa morada; entre dolores y fatigas arrastrareis una vida miserable. En efecto, un sér sublime, de naturaleza espiritual y superior al hombre, un ángel, dá cumplimiento al decreto del Altísimo; y ellos se encuentran luego rodeados de indigencia, confusion y llanto.

Condenado el hombre á sustentarse miserablemente con el fruto de sus fatigas y sudores, no puede hacer suyo propio el pan, sino ganándolo por medio del trabajo, sin el cual se reputaria como robado. El trabajo es un deber impuesto á todos los hombres, y faltan á este deber aquellos que pasan su vida en el ocio y en los placeres: por eso tales hombres son mirados en todas partes como una calamidad pública, y los legisladores han impuesto siempre á semejantes mónstruos penas muy severas.

Inmediatamente despues de la caída de la humanidad, no bien hubo experimentado esta los primeros efectos de su merecido castigo, fué prometido al mundo un Libertador, un Redentor, un Hombre extraordinario, que habia de ser enviado por Dios para instruirnos en nuestros deberes, ayudarnos y conducirnos á la felicidad. En efecto, Dios habia dulcificado su terrible anatema con la consoladora promesa de que la muger quebrantaria la cabeza de la serpiente, esto es, que naceria de otra muger el que habia de abatir el poder de Satanás que acababa de esclavizar al mundo por medio de la muger. Esta sublime muger anunciada por Dios, ha sido la Virgen María, que ha quebrantado la cabeza de la serpiente, concibiendo y dando á luz al Redentor de los hombres. Se ha cumplido aquella promesa llena de bondad y misericordia, viniendo al mundo Nuestro Señor Jesucristo, con su alma divina unida á un cuerpo mortal, para salvar la dignidad del hombre degradado por la culpa. El divino Salvador es nuestro Protector, nuestro Señor, nuestro Dios. Su pasion y muerte nos ha reconciliado con Dios su Padre; su Resurreccion y Ascension nos abren las puertas del cielo; su vida y milagros nos instruyen; sus sacramentos nos fortifican y alimentan, y por medio del Espiritu Santo nos ha convertido y regenerado.

La funesta caída de nuestros primeros padres los dejó reducidos á la situacion mas miserable y lastimosa. Todo lo perdieron: el estado de inocencia y de justicia original, la gracia y amistad del Señor, y la natural facilidad que antes tenían para hacer el bien; perdieron tambien el dominio sobre los animales, pues así como estos le obedecian mientras él fué obediente á Dios, tan luego como se rebeló contra el Criador, tambien se rebelaron contra él las criaturas. Y no solo los leones y tigres se sublevaron contra este rey caído; no solamente se le rebelaron hasta las sabandijas y los insectos, sino tambien otros animales mas pequeños y aun invisibles que le atormentan y le ma-

tan con mas seguridad que las fieras. El cuerpo quedó sujeto á las enfermedades y á la muerte; y el alma á la ignorancia y al amor propio desordenado, á la inclinacion que arrastra al hombre á los vicios de que nacen los pecados que conducen á la muerte eterna.

No fueron solamente estas desgracias las que Adán y Eva experimentaron en su caída; cuando estaban colmados de felicidad en el Eden, sabian que sus descendientes vivirian en aquel dichoso estado; pero luego que pecaron, tuvieron el profundo desconsuelo de ver que por su culpa naceria toda su prole privada de tantos beneficios. Y no podia menos de suceder así: Adán y Eva habian pecado como padres del género humano, como tronco de donde habian de tener origen todas las generaciones; viciado este tronco, debia comunicar su vicio á las ramas; como hasta despues de su pecado no tuvieron hijos, estos nacieron con el pecado y con el castigo que heredaron del origen de que venian; y como todos los hombres proceden de ese mismo origen, todos son concebidos y nacen con el pecado que llamamos *original*.

T.

LOS DEBERES DE LA HOSPITALIDAD.

Desde el momento en que una persona se dirige á nuestra casa, se supone que ha contado con recibir una acogida cortés y benévola; porque claro es que se abstendria de penetrar en el recinto donde ejercemos un dominio absoluto, si temiera ser desatendida ó de cualquiera manera mortificada.

Nada mas bello y noble que el ejercicio de la hospitalidad, cuando nuestro enemigo es quien busca en nuestro hogar un amparo contra el peligro que le amenaza: entonces se pone á decidida prueba el temple de nuestra alma, la elevacion de nuestro carácter, la solidez de nuestros principios y la grandeza de nuestros sentimientos.

Debemos recibir con atencion y afabilidad á cualquiera que, sin merecer la calificacion de enemigo nuestro, nos haya hecho, ó creamos que nos ha hecho, alguna ofensa. La urbanidad nos prohíbe absolutamente el mostrar á cualquiera persona en nuestra casa, ya sea por medio de palabras, ó por señales exteriores de disgusto, la queja que de ella tenemos, á menos que se trate de una explicacion pacífica y cortés, la cual, presidida como debe estar por el sincero deseo de cortar una desavenencia, excluirá desde luego toda manifestacion que pueda ser desagradable ó mortificante.

Jamás recibamos con displicencia, ni menos contemos con palabras destempladas, al infeliz que llega á nuestra puerta á implorar nuestro socorro. Aquel á quien la desgracia condena á vivir de la caridad de sus seme-

jantes, no merece que se le humille; y ya que no podamos remediar sus necesidades, ofrezcámosle el consuelo de una acogida benévola y afable: cuando no podamos dar limosnas, demos siquiera buenas palabras, que para el desvalido son tambien obras de caridad.

Aunque podria bastar lo dicho para comprender lo que debemos á nuestros amigos, siempre que se encuentran en nuestra casa, bueno será indicar algunas reglas especiales que debemos observar cuando en ella les damos hospedaje, y han de vivir por lo tanto en familia con nosotros.

Desde que un amigo nos anuncia que vá á hospedarse en nuestra casa, nos dispondremos á recibirle dignamente, preparándole la habitacion que consideremos haya de serle mas cómoda, en la cual pondremos los muebles que pueda necesitar; y si tenemos noticia oportuna del día y hora de su llegada, saldremos á encontrarle á alguna distancia para acompañarle á nuestra casa.

No permitamos que nuestro huésped haga ningun gasto para su manutencion, ni para la de sus criados, ni para la de sus bestias.

Procuremos estudiar las costumbres domésticas de nuestro huésped, para que en nada las altere por acomodarse á las nuestras; y sometámonos con este objeto á las privaciones indispensables, procediendo de manera que no lleguen á su conocimiento.

Durante la residencia de un amigo en nuestra casa no invitemos á nuestra mesa á personas que le sean enteramente desconocidas, con las cuales no sea oportuno ponerle en relacion, y sobre todo, á aquellas que con él estén desacordadas; á menos que, respecto á estas últimas, nos sea lícito aprovechar esta coyuntura para promover una decorosa reconciliacion.

Debemos informarnos de los manjares que nuestro huésped prefiere, á fin de presentárselos en la mesa; si además de las comidas que hacemos ordinariamente en el día, acostumbra algunas otras, para que no las eche de menos en nuestra casa.

Hagamos de manera que nuestro huésped tenga en nuestra casa toda la libertad y desahogo de que debe gozarse en la vida doméstica, y nunca manifestemos disgusto cuando por ignorancia ó defecto de educacion, traspase en este punto los limites que la etiqueta le demarca.

Aunque nuestro huésped haya traído consigo los criados suficientes para el servicio de su persona, pongamos los nuestros á su disposicion, y procuremos que sean estos los que con preferencia le asistan.

Los criados de nuestro huésped habrán de encontrar tambien en nuestra casa una benévola acogida; serán servidos por los nuestros en todo lo que necesiten; excusaremos ocuparlos en los quehaceres domésticos, y si alguno de ellos cometiere alguna pequeña falta, evitaremos cuidadosamente que llegue á oídos de su señor.

Si nuestro huésped enfermase, consideremos que nada aumenta mas los sufrimientos de una enfermedad, que la ausencia de la propia familia, y procuremos atenuar esta pesadumbre con cuidados tan exquisitos y afectuosos, que no le permitan echar de menos los que recibiria de su misma familia.

Al separarse un huésped de nosotros, le manifestaremos nuestra pena por su partida, excitándole afectuosamente á que vuelva á usar de nuestra casa, y si nos es posible, le acompañaremos un rato fuera de la poblacion.

Si pasado el tiempo necesario para tener carta de nuestro huésped, no llegamos á recibirla, le escribiremos nosotros, pues debemos suponer que no ha podido hacerlo, ó que si lo ha hecho, su carta se ha extraviado.

C.

MISCELÁNEA DE UN OCIOSO.

TORPEZA CRÓNICA INCURABLE.

¡Cuánto daria P. por poder llegar á ser como el vulgo, y como casi el último del vulgo!

P. ha tenido una esmerada educacion literaria, no es de los ínfimos en su carrera, posee un caudal regular de variados conocimientos, habla con facilidad y regular gracia, su figura nada tiene de repugnante, no tiene por qué avergonzarse ni de su apellido ni de su conducta..... No es pobre ni depende de nadie, goza una opinion regular, puede presentarse en sociedad con aséo, y podria hasta con dignidad.

P., que tampoco es cobarde ni débil de carácter, tiembla al haberse de presentar en sociedad. No es nimiamente vergonzoso, ni corto, ni tímido, ni encogido, pero tiembla al haberse de presentar en sociedad; y sociedad es para él toda reunion de mas de tres personas, lo mismo que grupo en los piadosos bandos militares, toda reunion ó no reunion en que hay una persona nueva y para él poco conocida, toda persona nueva, aunque sea sola, como haya de hablarla. Las palabras mas triviales no le ocurren entonces, no manda en su lengua, está expuesto á decir todo lo contrario de lo que desearia decir, y á ejecutar lo mismo que sabe bien es mal recibido, mal visto entre los hombres. Agólpase á su imaginacion, en aquellas ocasiones, toda la increíble historia de sus torpezas, de sus tropiezos, de sus necedades, de que él mismo es el mas severo juez; sabe que el destino le conduce á desatinar siempre que es visto, y sale á sociedad con la misma repugnancia, con la misma seguridad de sufrir oprobio que el que antes sacaban á la vergüenza, hoy á presenciar una ejecucion de justicia. El se prepara, él medita, él recoge observaciones, escribe máximas para el

trato humano, se propone modelos, lee libros, estudia, lleva decorado todo lo que dirá; y aunque la ocasion sea fácil, aunque no haya en qué tropezar, él convertirá la ocasion en lance, y si no hay tropiezos, él se escabará precipicios.

El se sabe y él se calla todas sus ridículas desgracias; él siente como remordimientos de su propia inexplicable, invencible ridiculez. Yo le he sorprendido reprendiéndose ásperamente á sí mismo, llamándose necio, majadero y hasta burro, castigándose con dureza con palmadas y pellizcos, gritando sin poderse contener que desea dejar de existir.

P. es algo meditabundo, aunque parece ligero; es distraído en extremo, y tiene escaso trato de gentes. Rara vez sale de casa sin traer entre manos algun tema favorito de meditacion, ó literario, ó doméstico, ó moral, ó de su profesion, y tal hábito tiene de vivir en su gabinete, que en vano se viste y se pone el sombrero: quédasele la cabeza allá entre sus libros, sus apuntes y papeles.

Observadle cómo entra en una sala en que pueda haber reunidas media docena de personas, y principalmente si hay señoras. Todo le sorprende: nunca están colocadas donde él se imaginaba hallarlas; no sabe de cierto qué hacerse con el sombrero, ni á quién dirigirse para saludar. Hace un afectadísimo, impertinente cumplimiento á una prima carnal suya, deja sin saludar á la señora de la casa, produce un trastorno universal antes de tomar asiento, vá desacertado á quitar la sillería de su sitio, deja sin silla al que la tenia, colócase por fin á donde mas estorba, y queda estático y helado despues de tamaño esfuerzo, y bien seguro de haber empezado por desagradar á todos, haber conseguido con sola su presencia que todos se sientan peor que estaban hasta su llegada. Quiere hacer un ensayo, quiere hablar, porque todo queda en silencio, y no es posible que prosiga la conversacion empezada despues de tan enorme trastorno; no tiene medio, ó alza la voz tan destempladamente como el antiguo azotaperros, ó murmura sílabas que nadie le entiende. Cesa á poco, reconociendo que es imposible seguir; y si aturdida la señora le dirige algunas palabras de piedad para ver de tranquilizarle, sin ser sordo, de aturdido se las hace repetir tres veces, y luego las comprende mal, y contesta fuera de propósito, y forma un laberinto de que nadie puede sacarle, y tiene luego que pronunciar un discurso empalagoso, apologético, de todas las necedades que antes se le escaparon. Dá compasion ver cómo en medio de tanta torpeza, se le escapan chistes y observaciones finas, que es imposible apreciar en medio de tanto desatino. Es para él casi mortal el hacerle cualquiera ofrecimiento: ofrecerle de fumar ó algun refresco, ó que se acerque á la mesa, es ponerle en un potro de tormento. Desesperado, quiere componerlo siendo chistoso, y, cosa

infalible, si se propone ridicularizar á alguno, para lo que no carece de gracia, es que se halla presente ó su muger ó su hijo; si habla de los andaluces, y no bien, es que dominan en la reunion los de aquella alegre provincia; si de los gallegos, otro tanto; si de las profesiones, hay parte interesada; y así en todo lo demás. Darle un recado, hacerle un encargo, es causarle la mayor perturbacion, tener que desistir por no acabar de atontar á aquel hombre.

Propónese algunas veces contar algo, y aunque tiene algun talento narrativo, no hay ejemplar de que haya podido concluir nunca, así sea cosa reciente y propia la que se refiera; interrúmpenle por compasion para que no se atragante. Por salirse de su propio encogimiento, hace esfuerzos heróicos, y entonces se propone y aparece descarado, maligno y desvergonzado, y todo de puro encogido. Habla con intimidad y hasta llaneza á una persona de respeto que por primera vez vé á su lado, y con gran recato al amigo á quien tutea. Si le ocurre el trance de tener que ofrecerse y su casa, jamás ha habido ejemplar de recordar á tiempo su propio nombre y habitacion; arma un redoble de sílabas incomprensibles, y vuelve la espalda cuando se vé ya próximo á reventar. Mas de dos veces, de puro turbado, ha ofrecido la casa que ocupó hace seis años, y cuando menos, equivoca el nombre de la calle. Jamás ha comprendido lo que alrededor suyo pasa, y han mediado desafíos, desmayos de personas, etc., sin enterarse de nada. Vé á las señoras de la casa de luto, y no sabe de qué color visten; vé á la pasiega con el niño, y no sabe si ha parido la señora. Tiene un horror invencible á que se casen sus conocidas, no porque las quiera para sí, que es muy pacífico en esto, sino por temor á la visita de parabien de boda y al trance del conocimiento y ofrecimiento al novio. Prefiere que le pidan prestados cien duros á que le conviden á comer: instarle para asistir á una funcion, aunque sea casera, es afligirle. Veces hay que acude comprometido, y puede contarse con que se presenta vestido de una manera impropia, y quiere hacerse invisible, y sabe que se hace ridículo, y no sabe qué hacerse, y se mete en un rincón, ó corre precipitado á estrechar la mano de la única persona que hay presente con quien haya tenido un pique ó exista algun resentimiento. Tiene hambre, y no prueba del buffet; tiene sed, y se la pasa, cruzando por ante sus ojos miles de objetos deliciosos con que saciarla. Tiene precision de retirarse, y no sabe cómo se hace para retirarse; cambia siempre de sombrero, y produce un trastorno en el guarda-ropa. Vá descontento de los criados, y sale renegando de la funcion, aunque haya sido preciosa; y vá por la calle, aunque sea en invierno, sin saberse abrigar, cayendo y tropezando, hambriento, sediento, falto de sueño, sabiendo que ha desempeñado torpemente su papel, y apodándose necio, majadero y bruto á sí mismo. P. se encuentra ya en la

edad madura y madurísima; pasó el tiempo en que se le pudo llamar atolondrado, y corto, y encogido, y falto de trato, y disculparle por distraído; es torpe, y sabe que es torpe y que no tiene ya remedio su torpeza. ¡Compadecele!!

LA ENVIDIOSA.

Polonia es rica y no fea, y no ha llegado á vieja todavía. No tiene hijos ni esperanzas de tenerlos. No está flaca y consumida. Su tez es agradable, su fisonomía sería hasta muy agraciada, pero se muerde los labios de continuo; y luego sus ojos.... ¡Qué ojos aquellos! ¡Qué inquietud, qué continuo desasosiego, qué fuego lanzan como los de un toro furioso, ó de una serpiente! ¿Por qué maltrata á su abanico? ¿Por qué sus manos se contraen casi convulsas? ¿Por qué no está bien sentada en tan blando asiento, antes parece que hay fuego debajo? ¿No la veis cómo lucha, cómo hace increíbles esfuerzos por disimular su inquietud, por parecer serena? Tiene á su lado una muger mas jóven que ella, ni hermosa ni fea, ni de las que mucho se cuidan de parecer bien, franca, sencilla, benévola, inocente, no muy aventajada en bienes de fortuna, que no disimula sus sensaciones, sus pequeños goces, sus muchas aflicciones, antes todo lo manifiesta con un candor infantil. Es Clemencia, que cuenta treinta años, y tiene á su esposo impedido y siempre enfermo, y tres niñas de corta edad todas, y ha de proveer á todos con la labor de sus manos y la cortísima cesantía de su marido. Ha venido á desahogarse con doña Polonia, á quien tiene por sensible y amiga, y la refiere entusiasmada cómo, á fuerza de constancia y de combinaciones ingeniosas, ha podido esterar su casa y prepararla para el rigor del frío, y completar el abrigo de la cama de su esposo, y vestir modesta, pero curiosamente, á las niñas para el invierno. Momentos hay en que se encuentra enagenada de placer, y dá gracias á la Providencia, y se humedecen sus ojos de gratitud y de ternura al hacerlo, y al hacerlo sin rebozo delante de su buena amiga. ¿Por qué Polonia no la mira de frente? ¿Por qué ha creído su habitual inquietud, hasta llamar la atención de Clemencia, temerosa de algun accidente? Y Polonia luce un elegante traje, y pisa suaves alfombras, y está rodeada de comodidades, y su marido gana en posición social, y ayer mismo obtuvo un puesto importante. Y sin embargo, está desconcertada, y no sabe qué decir, y tiene que variar de postura, y por fin pretextar una indisposición, y tocar trémula la mano de su antigua amiga y retirarse.... ¿Qué será? Polonia es envidiosa, y se sorprende á sí misma siéndolo, y siéndolo de una persona casi miserable. ¿Y qué envidia? Todo lo que vé y admira en Clemencia, y lo que de ella no se encuentra capaz, y cuya belleza y mérito reconoce, hallando en sí misma un corazón dañado, descontento de sí pro-

pio, que se cambiaría por cualquier otro, que no vé satisfacción posible, á no dejar de ser lo que es, y que sabe que no podrá nunca dejar de ser lo que es y como es. Polonia comprende la virtud y la admira, y sus goces y su premio, y se reconoce incapaz de todo aquello, y sabe cuánto mas vale aquello que todo lo demás, y odia á quien tales virtudes posee, y lo destruiría como la mendiga andrajosa se complace á veces en pisar el rico traje de la dama que por su lado pasa. Polonia está desesperada al verse envidiosa, y al convencerse de que Clemencia está á cubierto y bien libre del tormento de la envidia. La suya es una envidia ilustrada, digámoslo así, que no se ejercita en la superior hermosura, ni riqueza, ni clase: contra nada de esto se rebela; contra las suaves virtudes que hacen imposible la completa desgracia de quien las posee, y que producen el respeto y la admiración de los pocos que las descubren y observan, contra estas es su encono y su rebelión. Polonia ama la virtud para ella imposible, y es de resultas enemiga de las mugeres virtuosas. Polonia, en medio de todo, no es una muger corrompida, y ha vivido con decoro siempre. Polonia está tan humillada que envidia la pobreza, y la desgracia y la miseria; y quisiera ser Clemencia, y sabe que entonces no sería Clemencia, y exterminaría aquel ejemplar que la acusa, y se exterminaría á sí misma al reconocer la vileza de su pasión.

DE EL MUNDO ILUSTRADO.

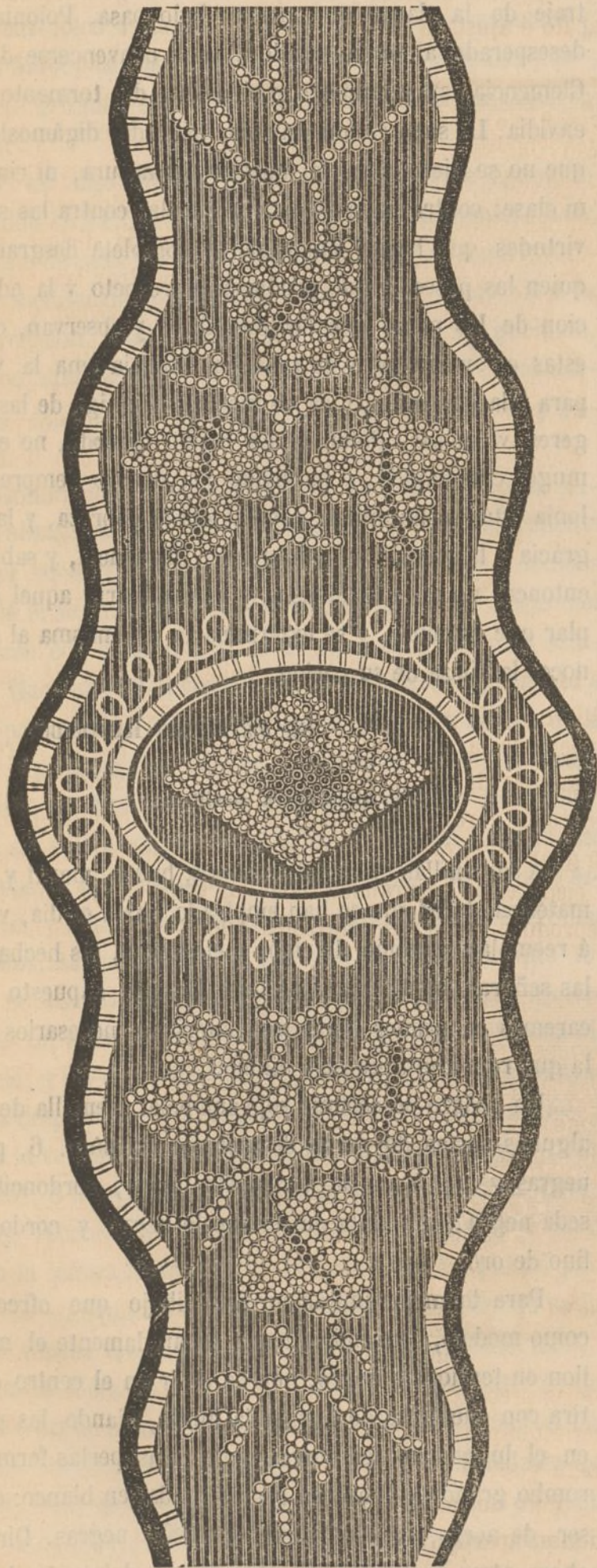
Anilla para servilleta.

A las anillas de metal, madera, hueso, marfil y otras materias duras que se han empleado hasta el día, vienen á reemplazar, como de rigor y elegancia, las hechas por las señoras como labores de lujo. En este supuesto indicaremos en primer lugar los materiales necesarios para la que representa nuestro dibujo.

Un pedazo de casimir rojo amapola, trencilla de oro, algunas sartas de perlas de acero y oro núm. 6, perlas negras y un óvalo de terciopelo negro; cordoncillo de seda negra, una cinta de terciopelo negro y cordoncillo fino de oro.

Para la mejor imitación del dibujo que ofrecemos como modelo, convendría hacer separadamente el medallón en terciopelo negro, que ha de ir en el centro de la tira con que se ha de formar la anilla, fijando las perlas en el lugar que les corresponde. Las perlas forman el rombo grande y aparecen representadas en blanco: deben ser de acero, las del rombo pequeño negras. Diremos ahora cómo se ejecuta. Se pasa un hilo del revés al derecho de la tela y se enhebran tantas perlas como son necesarias para formar una línea horizontal entera; despues se pasa la aguja en la extremidad de la línea del derecho al revés de la tela, y se fija por algunas puntadas de dos:

en dos, ó de tres en tres perlas, para comenzar en seguida la línea siguiente, continuando del mismo modo hasta que se completa el rombo que encierra el óvalo. Todo este trabajo se empieza al ancho, de modo que se fije primero una perla de acero, despues dos, tres, y así sucesivamente, hasta que se llega á la punta superior del rom-



bo de perlas negras. Aquí se enhebran en el hilo cinco perlas de cuero, una perla negra y otras cinco de acero: despues otras cinco perlas de acero, dos negras y otras cinco de acero; y se sigue aumentando gradualmente las perlas negras hasta el número de seis. Despues se vá dis-

minuyendo el número de perlas negras, tomando constantemente de cada lado cinco de acero, hasta que se llegue á una sola negra, en cuyo caso no se enhebran mas que perlas de acero, disminuyendo sucesivamente en una cada línea hasta llegar á una sola, lo que equivale á hacer el trabajo á la inversa del que se hizo desde la perla única hasta la punta superior del rombo, para llegar á la línea en que se halla la punta al ancho del pequeño rombo.

Antes de aplicar sobre la tela del fondo el medallon así preparado, se bordarán las hojas, las nervaduras de las hojas y las pequeñas ramas sobre el casimir, del mismo modo que hemos indicado, haciendo las hojas en perlas de acero, las nervaduras en perlas negras, y las ramas, lo mismo que los tallos, en perlas de oro. Concluido el trabajo, se fija el medallon sobre la tela, guarneciéndolo de una trencilla de oro. La trencilla se embasta antes sobre la tela, y despues se la fija alrededor por medio de puntos á lengüeta, hechos con cordoncillo de seda negra, de distancia en distancia como indica nuestro dibujo. Estos puntos se ejecutan primeramente del lado de la trencilla, de manera que se tome la mitad del ancho; despues del otro lado, de modo que los dos puntos opuestos se toquen siempre y cubran todo el ancho de la trencilla. Esta indicacion para fijar la trencilla de oro que debe formar el guarnecido del medallon, se aplica igualmente á la línea ondulante de la misma trencilla que guarnece toda la labor.

El medallon tiene una segunda guarnicion interior ovalada, que se hace con un fino cordon redondo de oro.

Para concluir es necesaria una tira de seda muy fina que se aplica entre el guarnecido y un dobladillo de seda rojo amapola, negro, blanco y bronce. Esta tira, así fija, guarnecerá los bordes exteriores de la anilla con una estrecha cinta de terciopelo negro, que se sujeta por medio de puntos á lengüeta en seda blanca.

Para cerrar la anilla, aconsejamos que se prefieran botones ó corchetes, broches dorados ó de acero.

C. R.

Colgaduras.

Para esta labor se necesita seda verde, roja, amarillo de oro y pensamiento; perlas de acero número 8, perlas de oro núm. 10, grandes perlas talladas de oro y acero con la tela á hilo de fino cañamazo de color subido, cachemir verde, de un verde medio matiz, blanco y lila.

Por la elegancia de las formas se puede servir de esta decoracion, además de su objeto particular, para la de toda especie de cestas, pequeños asientos de taburete y otros objetos de varia naturaleza, en los cuales es tan satisfactoria como ingeniosa. El fondo es color bronce subido.

Se empieza por la parte superior, donde se adapta

con la seda de amarillo de oro, y á punto de lentejuela regularmente espaciados, el coronamento cortado en cachemir verde. Los pequeños ojitos que nuestro dibujo marca en negro en el coronamento, son de gruesas perlas negras talladas. Los cinco ojitos ó redondeles mayores están en aplicacion de cachemir blanco, que guarnece todo alrededor á punto de lengüeta en seda roja.

Las hojas de las pequeñas ramas de enredadera se hacen en aplicacion de cachemir verde. Se bordan á punto de lengüeta en seda roja y se trazan las nervaduras de hojas con la misma seda. Se hacen los tallos con seda verde y las pequeñas bayas de los frutos con regulares perlas de acero.

Las hojas de las ramas que alternan con las de yedra se ejecutan del mismo modo en aplicacion de cachemir verde. Las nervaduras en seda verde. Del mismo modo las ramas se harán de cachemir guarnecido de pensamiento.

Los pistilos de la flor serán en seda amarilla de oro, y los estigmas ó pequeñas bolas que los terminan, serán una perla de oro. En fin, la rosa y baya que termina esta rama, serán de aplicacion cachemir blanco guarnecido de seda roja.

Este trabajo se completa por el festoneado de la colgadura, que se guarnece á punto de lengüeta con seda amarilla.

En ciertos casos se pueden adaptar á esta colgadura pequeñas bellotas de seda, pendientes de los festones, lo mismo que á los puntos intermedios; y en este caso se aplicará para guarnecer taburetes de pié, ú otros objetos análogos.

C. R.

MODAS.

La fragante rosa de la juventud aromatiza y embellece la vida del buen tono con su elegante y espléndida hermosura. Si veis á una jóven pasar una á una las pá-

ginas de un libro, abstraída del ruido bullicioso de la corte, haciéndoos comprender que arranca con avidez de aquella letra muerta las semillas de fecundos pensamientos que han de ser mañana su luz para atravesar las tinieblas de la vida, no temais que olvide por completo los encantos que dentro de muy pocas horas ha de mostrar en los gratos solaces con que se dulcifican las amarguras del pesar. No olvida, nó, sus blancas rosas, brillantes cintas, ricas blondas y tules, ni el terso guante, ceñido zapato ó ajustada botina. Preguntadla si el color rosa ó

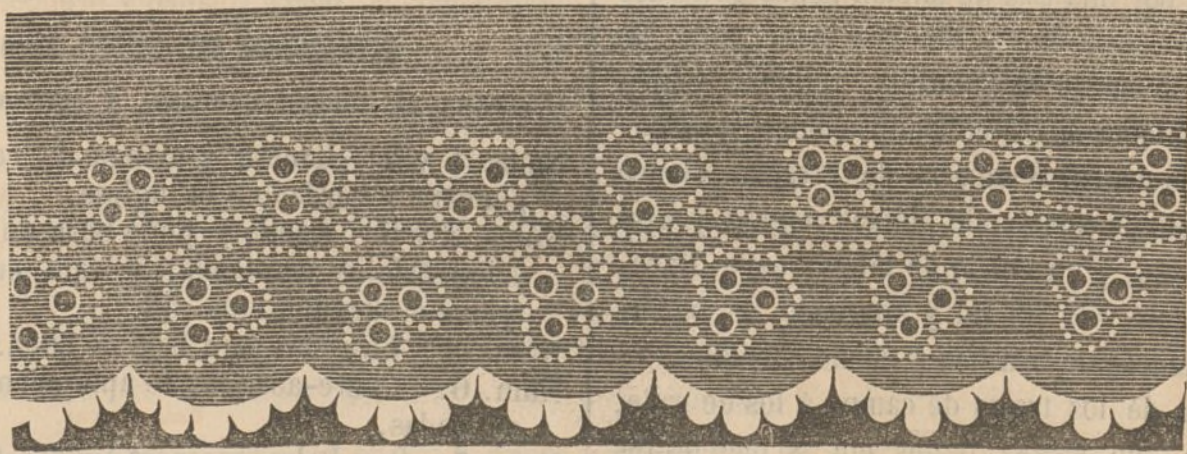
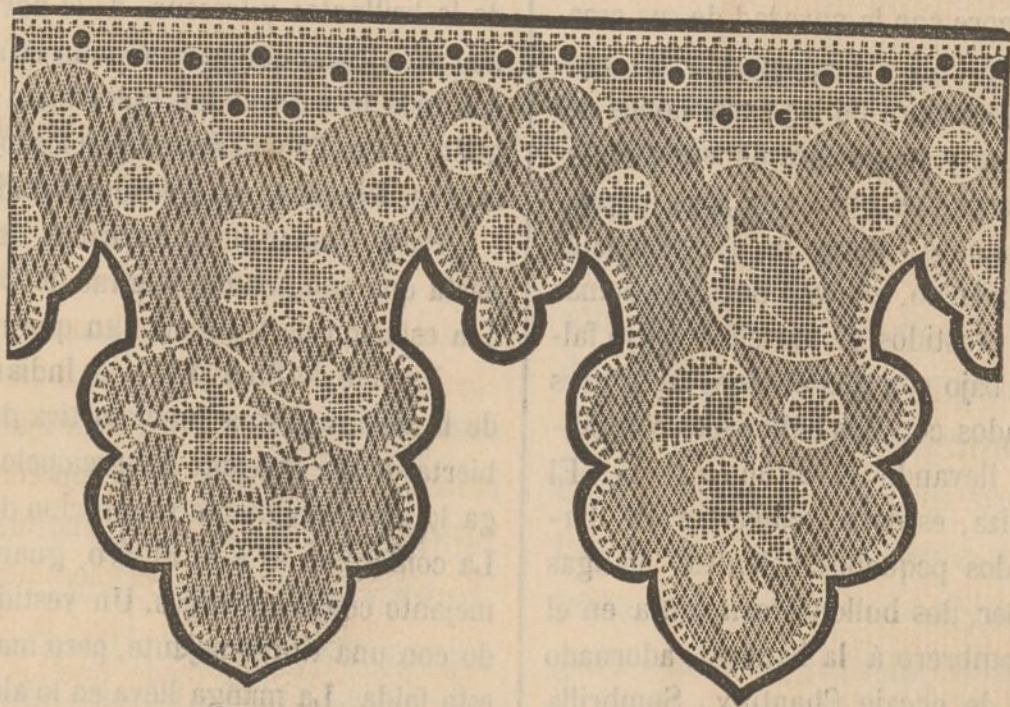
el azul está en boga, cuál es el corte que la moda recomienda para sus lindos trajes, y á qué almacén os habeis de dirigir para encontrar las telas de mas novedad y buen gusto, y muy en breve os vereis satisfechas, sin que haya suprimido un detalle, el mas insignificante, para una elegante toilette. No temais, pues, que la muger de nuestros dias olvide una

hora, ni un instante, lo que su belleza reclama de su fecunda inventiva para representar dignamente el brillante papel que la sociedad la reserva en sus bailes, soirées y reuniones de toda especie. Ella, solo ella, sabe pasar con delicada y rápida facilidad, de lo sério á lo bullicioso, de lo grave á lo festivo, de lo útil á lo superfluo; comprende y ejecuta con naturalidad todas las transiciones, abarca y reproduce todos los contrastes que es dado presentar en

la vida de la imaginacion, y aun del genio. Y al reconocer en ella dotes tan fecundas, deploramos, sin embargo, que con tanta frecuencia y en muy importantes objetos, las

viejas preocupaciones de nuestra moderna sociedad no la permitan presentarse á nuestros ojos, sino como un sér de mera y servil imitacion.

Pero dejémonos ahora de tantas y tan sabidas reflexiones, apartándonos de nuestro principal objeto, que es la moda; la moda que podemos llamar del dia: esa tirana de la modesta fortuna de las familias, al decir de algunos, y segun otros, que pasan por mas instruidos y avisados en ese agente impulsivo mar de la riqueza en nuestra adelantada sociedad. Veamos, pues, con qué novedades se



prepara á la trasformacion que del estío al otoño ha de verificar, imitando hasta con ventaja á la rica y fecunda naturaleza. Y decimos con ventaja, porque así como en los periodos de transformacion para la naturaleza, se observa un orden regular y constante, resultado necesario de una ley indeclinable, y á aquel debe la fecunda fuerza y brillantez con que luce sus galas en la primavera y estío, para adormecer su vigor en el otoño é invierno; la moda redobla sus esfuerzos y refina las concepciones del gusto para sorprender siempre con la novedad de sus creaciones y mantener viva la lozanía y elegancia de sus formas y atavíos. Al replegarse ahora de las excursiones del campo y cambiar la sencillez y la frescura de su seductora confianza por las reuniones de buen tono, las elegantes soirés y espléndidos salones, donde ha de entretener el tedio y la tristeza del invierno, vuelven nuestras damas á la corte luciendo lindos vestidos de muselina, cuya falda vá guarnecida en el bajo con dos órdenes de á tres volantes pequeños, separados con dos bullonados con cinta pasada por el interior, llevando el último cabeza. El cuerpo con bertas á la suiza, es decir, cubiertas de bullones y terminadas por dos pequeños volantes. Mangas guarnecidas en el bajo por dos bullones con cinta en el interior y dos volantes. Sombrero á la batelera, adornado con flores malva y cinta de encaje Chantilly. Sombrilla de media toilette de tafetan con una greca blanca.

Tambien hemos tenido ocasion de ver elegantes vestidos de fular de China, con una tira de tafetan negro en el bajo de la falda, con encaje negro al pié y á la cabeza, donde se ponen tambien plegados ó cogidos de entredos de encaje negro en forma de ramo hácia arriba. Cuerpo liso á tres puntas por atrás y una adelante. Manga casi justa en lo alto, donde lleva tambien un plegado de entredos; y mas ancha en el bajo, formando ligeramente el codo y guarnecida por una tira de tafetan negro entre dos encajes. Manteleta redonda por detrás y guarnecida de un ancho volante de encaje de Chantilly, al que se sobrepone una tira de tafetan negro en ondulaciones, que llevan tambien encaje negro. Sombrero de crespon blanco bullonado, adornado de cabezas de plumas negras y azul de China sobre el ala, y un rizado de tafetan azul. Bavolet de crespon azul, velo de tul y adornado de blonda blanca. Mangas blancas de tela lisa y cuello cerrado.

Pasando ahora de los trajes de campo á los de calle, reuniones de gran tono, visitas, bailes, etc., si bien no tenemos aun modelos que ofrecer á nuestras lectoras, que no estén sujetos á modificaciones tales que cambien completamente su carácter, luego que en la estacion que tocamos se fije el gusto, enumeraremos, sin embargo, la rica ornamentacion que se prepara y las telas de tan delicado gusto que han de servir indudablemente para las mas elegantes toilettes.

Los matices malva y gris, con los de un tono que exprese una delicada melancolía, se disputarán el triunfo, dejando siempre lugar á que la juventud bulliciosa pueda acogerse al verde, azul, rosa y blanco para las mas elegantes soirés. La gracia y delicadeza que exige su orna-

mentacion, se hallan perfectamente prevenidas con los ricos tules, encajes y entredoses de Chantilly, que parecen haber fijado su imperio. Y á propósito de este rigor, merece que hagamos notar á nuestras elegantes lectoras, que no en vano el tul y el encaje han alcanzado tal boga; porque llevan sobre todos los adornos que les han precedido, la inmensa ventaja de que pueden fácilmente pasar de las faldas de un vestido á un tocado, ó un fichú, perfectamente acomodados al objeto á que se destinan, pero conservando la brillantez y frescura de la novedad. Mas no se detienen aquí, sino que conservando la armonía del conjunto y con toda la naturalidad que exigen el deseo comedido y el gusto mas refinado, se agregan los tocados, los collares, brazaletes, broches, etc., de alta novedad y de todas especies.

Para formar una idea cabal de semejantes adornos, basta que enumeremos alguno de los trajes mas conformes á la estacion de transicion en que nos encontramos.

Vestido de fular ó tela de Indias guarnecido en el bajo de la falda con una preciosa tira de tafetan blanco, recubierta de un enrejado de terciopelo negro, al cual se agrega la correspondiente guarnicion de dos encajes Chantilly. La confeccion es á lo Figaro, guarnecido de una tela semejante con dos encajes. Un vestido á lo Figaro, adornado con una tira semejante, pero mas estrecha, acompaña á esta falda. La manga lleva en lo alto un jockey ligeramente bombeado, terminado por un encaje negro. Una tira de tafetan, á pesar de que no tiene mas de tres dedos de ancho, adorna la abertura, y colocado de esta manera hasta concluir en el encaje. Cinturon *bennoise* de fular con el enrejado de terciopelo negro y adornos iguales con un entredos de valenciennes plegados. Las mangas son de muselina.

No queremos alargar mas este artículo, y nos reservamos dar en el número inmediato una revista completa en que nos haremos cargo de toda la ornamentacion.

EMILIA R. Y R.

EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núms. 1 y 3. Canesú y manga de camisa de señora á plumetis y bordado á la inglesa.
- Núms. 2 y 5. Cuello y puño para unir á la guarnicion del vestido ó manteleta, y para cuyo bordado debe usarse el algodón núm. 50.
- Núm. 4. Entredos para bajo de falda.
- Núm. 6. Cobre-acerico, de aplicacion con letras R. G. enlazadas.
- Núm. 7 y 9. Bolsa limosnera á cadeneta sobre terciopelo.
- Núm. 8. Guarnicion correspondiente á los núms. 1 y 3.
- Núm. 10. Escudo sencillo con cifra E. A. para pañuelo, que se puede bordar á plumetis, punto de posta y á la inglesa. Algodon núm. 70.
- Núm. 11. Entredos bordado á la inglesa y á plumetis.
- Núm. 12. Escudito con letras B. G. para pañuelo, con calados y ojete.
- Y. F. N. Enlazadas, pedidas por una suscritora.
- Las mismas sueltas para bordar á plumetis rico, con algodón núm. 120.
- T. G. B. Id., pedidas por otra suscritora.
- R. E. S. G. Para realce, pedidas por id.
- F. G. B. Para plumetis, pedidas por otra.
- R. E. S. G. Pedidas por otra.